

Editorial

La percepción y los órganos de los sentidos

Manuel Quijano

Llamamos percepción a la sensación interior que llega de un estímulo material a través de los órganos de los sentidos. Expresa el acto cognoscitivo, como dicen los filósofos, de aprehender un objeto real determinado. Es algo complejo, existe en otros animales, incluye sensaciones presentes o pasadas y, a veces, enlaza imágenes procedentes de varios sentidos. Las percepciones, por otra parte, constituyen algo así como hipótesis que después serán confirmadas, modificadas o abandonadas; son como una síntesis entre la idea empírica (experimentada), la sensación (sensorial) y el sentimiento que el yo crea a partir de ella. Esto parece muy claro, pero no podemos negar que tenemos otras percepciones, inclusive de cosas materiales, que *no* llegan a través de la vista, el oído, el tacto, el gusto o el olfato. Por ejemplo la sensación de equilibrio es algo muy claro para todo ser humano sin que intervengan esas cinco capacidades que nos relacionan con el mundo exterior; o el movimiento, que reconocemos sin necesidad de la vista o el tacto, y pueden ponerse otros ejemplos de sensaciones, absolutamente evidentes, que no llegan por los cinco sentidos mencionados. Aparte, por supuesto, de eso que algunas personas afirman que existe, lo parasensorial o extrasensorial.

Esto de lo extrasensorial no me convence, pero tampoco quiero negarlo radicalmente, para que no me ocurra lo que a un sabio francés, alrededor de 1840 que, cuando le mostraron una fotografía y le dijeron que la impresión había sido hecha exclusivamente por la luz, respondió indignado que trataban de burlarse de él, que esa explicación era totalmente *imposible* y que el retrato se debía a la hábil pluma de un consumado artista. La transmisión de pensamiento y otras aseveraciones por el estilo prefiero dejarlas pasar sin comentario.

En una fuente bibliográfica que es casi no recomendable (la revista de una línea aérea, de las que se encuentran en el asiento), había un pequeño párrafo que informaba que un psicólogo, Rudolf Steiner, sostiene que no son cinco sino 12 los órganos de los sentidos, y agrega a la lista convencional el sentido de vida, el movimiento, el equilibrio, la temperatura, el lenguaje, los conceptos y el ego. Repensándolo, todos ellos en efecto, nos dan información directa de nuestro lugar en el espacio-tiempo y del exterior sin pasar forzosamente por los cinco sentidos conocidos. En otras palabras la sensibilidad humana, la capacidad de sentir, es en realidad más rica de lo que se definía siempre, hay maneras más completas de interpretar las experiencias y su registro se produce -eso sí, siem-

pre todavía en forma misteriosa-, en algo que siempre hemos definido como "conciencia" y que ahora las neurociencias se empeñan en reducir a funciones cerebrales, o mejor neuronales, simples y comprensibles, orgánicas.

El sentido de vida nos permite sentir todo nuestro organismo como una unidad, algo verdaderamente real, global, circular, a la vez centro y periferia. Ahí se integran sensaciones de hambre, sed, deseo, hastío; sentimientos de fácil reconocimiento como el amor -el maternal, a amigos, a la patria o a un ser particular, casi siempre del otro sexo-, valores morales como la belleza, el valor o la bondad; y finalmente esa sensación de nuestra propia constitución que nos permite decir si nos sentimos bien o mal, tristes o contentos, fuertes o débiles, felices o desgraciados. Ese sentido de vida, claro está, se halla íntimamente relacionado con los otros sentidos, sin ellos no existiría, pero es una entidad aparte.

Los sentidos del movimiento y del equilibrio intervienen asimismo en el modo de ver las cosas; no es sólo la posibilidad de movernos, voluntaria y libremente, o pasivamente, sino la idea de que somos capaces de sentir y controlar los movimientos, desplazarse uno mismo o sentir que algo externo se desplaza. En cuanto al equilibrio nos capacita para distinguir lo que está adelante o detrás, a la derecha o a la izquierda, si algo gira o somos nosotros los que giramos, si ello es lógico o irreal, voluntario o impuesto. El sentido del equilibrio es tan independiente como cualquier otro y es a veces tan peculiar que nos confunde y nos hace sentirnos como en una película de Orson Welles, en una habitación llena de espejos desfasados y con una multitud de imágenes irreales.

La temperatura la percibimos a través de vías nerviosas diferentes de las del tacto o el dolor, algo que conocían, aunque no lo explicaran, desde los médicos de la antigüedad al observar el famoso fenómeno de la siringomielia en los leprosos, que pierden la sensibilidad al calor pero no al tacto o al dolor. Ese sentido de la temperatura está presente en el recién nacido, aún antes que la vista, el tacto o el gusto; no así antes que el olfato (al menos en el conejo) en quienes se ha observado que existe claramente al nacer y les es sumamente útil para encontrar el pezón para alimentarse.

El sentido de la temperatura es uno de los más primitivos e iniciales pues el recién nacido es capaz de distinguir si su entorno es frío o caliente y en todos los individuos la temperatura es capaz de hacernos recordar sensaciones y experiencias. Es

más, en todas las culturas se han usado esos términos para agregar características a otras sensaciones o percepciones y así se habla de colores fríos o calientes, de alimentos fríos o calientes para el organismo, de manifestaciones artísticas frías o calientes y de temperamentos fríos o cálidos, ardientes o explosivos. En otras palabras, el sentido de la temperatura nos pone en contacto con diversas realidades del exterior, produce percepciones propias y únicas al igual que la vista o el oído.

El asunto de la percepción de sí mismo y de los otros, completa la visión que se tiene del mundo en que se vive; esto se relaciona con las creencias religiosas que, aunque muy variadas en el globo terráqueo, son universales. Los humanos no se perciben a sí mismos como perdidos en el universo sino que están conscientes de su ubicación en él. No obstante sentirse sometidos a inexorables destinos, se asumen poseedores de una cierta libertad moral. Al comprender el ciclo vida-muerte, al aceptar el destino, logran un equilibrio anímico-cósmico que se expresa a través de obras materiales e intelectuales, de su pensamiento, de sus emociones carnales o místicas, de su comportamiento en la vida diaria, de sus relaciones con los otros, en sus meditaciones y en sus fiestas.

Es común entender por conciencia el conocimiento que el hombre tiene de sus propios estados, percepciones, ideas, sentimientos, voliciones. En la filosofía tradicional el término conciencia se refiere a una relación del alma consigo misma, de una relación intrínseca, interior o espiritual, que permite al hombre conocer de modo inmediato y privilegiado. Es la relación privada del hombre, el “retorno a sí mismo”, lo que implica una diferenciación entre “interioridad” y “exterioridad”. No obstante, en la filosofía contemporánea, que quita la primacía metafísica a la conciencia, se rechaza la distinción entre interno y externo, entre lo que “está en” y lo que está “fuera de” la conciencia. Y se entiende ésta como el simple percatarse de las cosas, el estar despierto y alerta, y ya no como una autoluminosidad o fosforescencia. Carece, hasta el momento, de una explicación neurodinámica, pero no se duda que se descubrirá su base neuronal.

El lenguaje: es la amplia variedad de signos subjetivos que hacen posible la comunicación, la posibilidad de elección y de combinación que nos confieren diversas capacidades: físicas, fisiológicas, psíquicas y sociales. Es algo innato: la naturaleza impele al individuo a emitir sonidos y a dar a cada cosa un nombre. El primer lenguaje y más universal fue el grito para implorar socorro o advertir peligros y cuando las ideas se extendieron se buscaron más signos; se pasó de la interjección a la objetivación. El lenguaje no es imitación sino creación, es un hecho subjetivo que penetra al cerebro como impresión fonética, como fonemas que expresan la esencia, el ser de las cosas. Y el hombre, a través de su capacidad de abstracción reconoce las cualidades distintivas de las cosas y de los fonemas.

La capacidad de elaborar conceptos: se trata de un procedimiento que facilita la descripción o la clasificación de objetos cognoscibles (un concepto de mesa, de hombre, del número cinco). No es el nombre aun cuando es indicado por el nombre, pues los nombres pueden tener varias connotaciones o expresar varios conceptos. Está constituido por técnicas simbólicas y puede referirse a cosas inexistentes o pasadas. Es un símbolo y los símbolos pueden ser rememorativos o indicativos (por ej... hay humo, hay fuego). La función del concepto, puede ser finalista o instrumental: según la primera, describe los objetos, según la segunda, los clasifica, y organiza los datos de la experiencia.

Los sentidos más complicados, el lenguaje, los conceptos o ideas y el ego, están más unidos entre sí que los otros, pero pueden considerarse sentidos independientes ya que permiten al animal humano entrar en contacto con el mundo exterior, comprender y utilizar su entorno, físico, psicológico, social y moral. Puede decirse que trabajan casi siempre juntos para recibir, enviar e intercambiar mensajes, además de aprehender la realidad exterior.

El lenguaje es una capacidad del cerebro que se va desarrollando junto con la inteligencia y va creando los circuitos neuronales necesarios para articular palabras, darles un significado e inventar formas de expresar ideas abstractas, pensamientos, emociones e imágenes virtuales, tan útiles para la vida diaria como las sensaciones que pasan a través de la vista o el oído.

La conciencia, además de la percepción sensorial, implica la existencia de la memoria, nos da una representación unificada de la exterior, es capaz de trabajar con ideas abstractas, éticas o estéticas y, ahora se sabe bien, es modificable por medios farmacológicos.

En cuanto al ego que forma una parte importante de la conciencia, nos enseña que hay un yo y un tú y que matiza, crea o percibe las ideas, los sentimientos y las emociones y nos relaciona con el otro o con la otredad, no puede menos que ser considerado una capacidad equivalente a los convencionales órganos de los sentidos que, en un futuro próximo, influidos por la terminología de las sinapsis neuronales, se llamarán simplemente receptores. Junto con las 12 otras capacidades que hemos descrito, permiten al hombre enriquecer sus experiencias y ampliar el horizonte de vida. Las percepciones presuponen una actividad reflexiva o introspectiva y el conjunto de sentidos forma un cosmos en el que cada elemento tiene su lugar y su relación en un orden perfecto.

Hablando de la percepción, he dejado fuera la imaginación que podría, no definir sino al menos describirse, como descubridora de correspondencias y analogías, como la percepción de relaciones íntimas y secretas de las cosas. Es la reina de las facultades y es algo más que fantasía o sensibilidad, es la clave de la actividad artística original.